

El debate inconcluso sobre el trabajo no remunerado

Lourdes BENERÍA*

Las normas conceptuales y teóricas están en el origen de los sesgos estadísticos que hacen que se infravalore el trabajo de la mujer en las estadísticas de la población activa y en las cuentas nacionales. Los primeros esfuerzos por subsanar esta laguna se centraron en contabilizar mejor la actividad laboral de la mujer con el fin de hacerla más patente. El objetivo original ha evolucionado gradualmente y, hoy en día, se procura que las estadísticas abarquen todo el trabajo no remunerado, con independencia de quiénes lo realicen (tanto si son hombres, mujeres o menores). Esta evolución revela que la validez de las cuestiones planteadas por las feministas sobrepasa el feminismo y pone en entredicho algunos supuestos esenciales del pensamiento económico tradicional.

Ester Boserup, en su obra ya clásica de 1970, *Woman's role in economic development*, señaló que «las actividades de subsistencia que no recogen normalmente las estadísticas sobre producción y rentas son en gran parte obra de mujeres» (Boserup, 1970, pág. 163). Esta autora fue quien primero puso de relieve el tiempo que consumen estas tareas y las penalidades que causan a las mujeres de las zonas rurales obligadas a hacer esfuerzos físicos considerables para buscar leña, acarrear agua y ocuparse de los cultivos y de «la elaboración rudimentaria de alimentos esenciales».

Antes aún, Margaret Reid, en su obra *Economics of household production*, de 1934, planteó el problema de la exclusión de la producción doméstica del cómputo de la renta nacional y concibió un método para estimar el valor del trabajo efectuado en el hogar. Más adelante, a partir de los años sesenta, el movimiento femenino internacional sentó las bases para establecer un nuevo método de cálculo de las actividades económicas de la mujer. Se consideró que los sesgos estadísticos simbolizaban la manera en que la sociedad infravaloraba a la mujer y su aportación al bienestar social. Las cuatro conferencias mundiales sobre la mujer celebradas con los auspicios de las Naciones Unidas desde 1975 han sido decisivas para incorporar el asunto a los programas y los planes de acción consiguientes de las Naciones Unidas. En otro plano, el libro publicado

* Profesora de Planificación Urbana y Regional y Estudios de la Mujer de la Universidad de Cornell.

en 1988 por Marilyn Waring, *If women counted*, difundió el problema entre un amplio público. En los veinte años últimos, autoridades nacionales, investigadores y asociaciones de activistas han intervenido decididamente en este esfuerzo de concienciación e innovación.

Existe ya una cantidad considerable de obras no especializadas en que se analizan datos relativos a la distribución del tiempo personal, entre otras cosas por lo que se refiere al trabajo no remunerado. La primera compilación sistemática de datos de ese tipo se llevó a cabo en la URSS en 1924, con la finalidad de recoger información sobre cuestiones concretas como el tiempo de ocio y el trabajo al servicio de la comunidad (Juster y Stafford, 1991). Desde los años sesenta se han realizado estudios nacionales y comparados del empleo del tiempo personal con propósitos muy distintos, como ampliar las estadísticas en que se basan las cuentas nacionales o estudiar el comportamiento de los hogares, tanto en países industrializados como en desarrollo (figuran resúmenes de la bibliografía y de las definiciones en Goldschmidt-Clermont, 1982, y en Juster y Stafford, 1991). Dichos estudios, aunque son útiles y a menudo sus objetivos se asemejan al empeño por valorar el trabajo gratuito, por lo general no parten de una perspectiva específicamente feminista acerca de las consecuencias para las mujeres de las situaciones que en ellos se analizan.

En este artículo trataremos de resumir algunos de los aspectos teóricos y prácticos de los esfuerzos desplegados durante los veinte años últimos para computar el trabajo no remunerado de las mujeres y de valorar el punto al que han llegado¹.

Medición del trabajo gratuito

El trabajo no remunerado sigue estando infravalorado en gran parte en las estadísticas nacionales e internacionales sobre la población activa, el PIB y la renta nacional. Las estadísticas sobre la población activa y el cálculo de la renta de los países se concibieron en principio para acopiar informaciones acerca del nivel y las variaciones de la actividad económica remunerada a lo largo del tiempo, y para servir de base a la política y al planeamiento económicos. Como, por lo general, se considera que el mercado es el elemento fundamental de la actividad económica, la noción estadística de estar «trabajando» se define (y lo ha sido tradicionalmente) como un subconjunto de «las personas con empleo», es decir, sólo las que efectúan un trabajo por una remuneración o un beneficio (véase OIT, 1955, págs. 47 y 48). De igual modo, la producción de subsistencia sólo se contabiliza en la renta nacional en tanto en cuanto guarda relación con el mercado. Los lectores de manuales de introducción a la economía conocen sobradamente el chascarrillo sobre la disminución del PIB en las estadísticas cada vez que un hombre contrae matrimonio con su ama de llaves. Esa «dismi-

¹ Para redactar el presente artículo nos hemos basado en datos e ideas que trataremos más ampliamente en un libro de próxima publicación sobre la igualdad entre los sexos y la economía mundial.

nución» se produce a pesar de que las labores del hogar del ama de llaves convertida en esposa no varían – e incluso es posible que aumenten –; pero no percibe un salario y, por consiguiente, su trabajo no está destinado al mercado, por lo cual no se considera que tenga relevancia económica.

Así pues, el problema radica en la manera en que se ha definido el «trabajo», lo mismo en la teoría que en las estadísticas tradicionales, como una actividad económica remunerada vinculada al mercado. Hasta la Segunda Guerra Mundial, las estadísticas sobre la población económicamente activa partían de los censos de población, pero los problemas de desempleo que provocó la Gran Depresión de los años treinta ya habían empezado a fomentar el interés por el acopio de estadísticas laborales fidedignas. En 1938, el Comité de Expertos Estadígrafos de la Sociedad de las Naciones recomendó una definición del concepto de «ocupación remunerada» y elaboró propuestas para normalizar los datos de los censos con objeto de facilitar las comparaciones internacionales (Sociedad de las Naciones, 1938, y OIT, 1975, págs. 25-28). A resultas de ello, muchos países ampliaron el acopio de estadísticas sobre lo que a partir de entonces se denominaría «la fuerza de trabajo» (OIT, *op. cit.*, pág. 25). En 1966, la Comisión de Estadística de las Naciones Unidas actualizó las definiciones anteriores para poder calcular no sólo el número de desempleados, sino, además, la disponibilidad para trabajar. La definición que se adoptó de «población económicamente activa» abarcaba a «todas las personas de uno u otro sexo que aportan su trabajo para producir bienes y servicios económicos» (OIT, *op. cit.*, pág. 32). Esta definición tenía por finalidad facilitar que las estimaciones no se limitaran sólo al empleo y al desempleo, sino que abarcaran también el subempleo (véase una exposición más detallada en Benería, 1982).

Otro aspecto de esta definición fue el vínculo que se daba por supuesto entre la fuerza de trabajo y el producto nacional, al circunscribir la población activa a la que hace una aportación al producto nacional, más los desempleados. A partir de esta definición se hicieron mediciones discutibles de la actividad laboral. Los miembros de una unidad familiar que trabajaban a tiempo parcial podían ser clasificados como ocupados o desempleados si se dedicaban a la agricultura, pero no si atendían la producción doméstica, lo que llevaba aparejada la exclusión del producto nacional y del cálculo de la renta de un porcentaje considerable del trabajo no remunerado, que tampoco aparecía en las estadísticas sobre la fuerza de trabajo. Ahora bien, debe tenerse en cuenta que el problema de la infravaloración del trabajo no remunerado y los motivos de que exista varían según el sector a que nos refiramos de los cuatro en que predomina: la producción de subsistencia, la economía doméstica, el sector no estructurado y el trabajo voluntario.

El sector de subsistencia

Pese a los considerables esfuerzos hechos desde 1938 para mejorar las estadísticas de la población activa y las cuentas nacionales, los conceptos esenciales no fueron modificados hasta finales de los años setenta, con la notable excepción del intento de recoger estimaciones de la producción de subsistencia

en el cálculo del PIB. En el sistema de cuentas nacionales propugnado por las Naciones Unidas se recomendaron a partir de los años cincuenta diversos métodos para calcular el valor de la producción de subsistencia y el porcentaje de los habitantes que se dedican a ella, sobre todo en los países en que este sector es relativamente importante. Gracias a ello, países como el Nepal, Papua Nueva Guinea, Tanzania y otros elaboraron métodos de cálculo de las aportaciones de la producción de subsistencia al PIB. En 1960, un grupo de trabajo de estadígrafos africanos afirmó que era posible sumar, y recomendó que se hiciese, las estimaciones de las actividades domésticas rurales – tales como el cultivo familiar de legumbres y hortalizas – a las de la producción de subsistencia en los sectores de la agricultura, la silvicultura y la pesca (Waring, 1988). Quedaba pendiente el problema de la aplicación sistemática de la recomendación.

El esfuerzo por estimar la producción de subsistencia dio un gran paso adelante en 1982 cuando la decimotercera Conferencia Internacional de Estadígrafos del Trabajo aprobó una resolución en la que se recogía la citada definición de 1966 de las Naciones Unidas de «población económicamente activa», es decir, «todas las personas de uno u otro sexo que aportan su trabajo para producir bienes y servicios económicos» (OIT, 1983, apéndice I, pág. 2), careciendo de importancia el que esa aportación se efectuara o no por conducto del mercado. Aunque no estaba totalmente claro en qué consistían los «bienes y servicios económicos», la nueva definición establecía una excepción al criterio del mercado, justificada por la idea de que la producción de subsistencia genera «bienes comerciables». Así pues, parecía lógico considerar que los trabajadores de ese sector formaban parte de la fuerza de trabajo, comprendidos los «trabajadores familiares», y, por lo tanto, a pesar de los problemas prácticos que planteaba el estimar el valor de mercado de la producción de subsistencia, pasó a ser práctica habitual el hacerlo, sin que se le opusieran objeciones teóricas o conceptuales de importancia. Se trataba de llegar a estimaciones más precisas del PIB y del crecimiento económico o, como había afirmado Ester Boserup:

El sistema actual que infravalora las actividades de subsistencia, además de hacer que los países subdesarrollados parezcan más pobres de lo que son realmente en comparación con los países más desarrollados, hace que su tasa de crecimiento económico sea más prometedora de lo que justifican los hechos, ya que el desarrollo económico lleva aparejada la sustitución gradual de las actividades de subsistencia – omitidas de las cifras – por la creación de renta fuera de la economía de subsistencia, en los sectores cuyas actividades se registran con más precisión (Boserup, 1970, pág. 163).

Ahora bien, en la práctica todavía no se computa plenamente la participación de la mujer en la producción de subsistencia, en parte porque puede ser difícil determinar los límites entre las faenas agrícolas y las tareas domésticas, sobre todo tratándose de mujeres. En la medida en que el trabajo agrícola no remunerado de la mujer está muy integrado en las actividades domésticas – por ejemplo, los cultivos alimenticios, el acarreo de leña, el cuidado de los animales y otras muchas tareas –, la distinción entre las clasificaciones tradicionales del trabajo familiar (en la agricultura) y el trabajo doméstico es sutilísima y

resulta difícil trazar una línea divisoria clara. En la práctica, se suele infravalorar el trabajo que desempeña la mujer en la producción de subsistencia siempre que se clasifica como trabajo doméstico.

El mismo problema surge cuando los censos clasifican a los trabajadores atendiendo a su «ocupación principal». En esos casos, predomina claramente la tendencia a subestimar el número de trabajadoras familiares que se dedican a la agricultura o a cualquier otro tipo de producción no doméstica, lo cual se observa en todos los países y regiones. La OIT mencionó ya el problema en 1977, refiriéndose en particular al Norte de África y al Asia del Sudoeste, donde «no se han registrado en gran parte los datos relativos a las trabajadoras familiares no remuneradas» (OIT, 1977, pág. 12). Desde entonces, se ha hecho un esfuerzo por recoger a este tipo de trabajadoras en las estadísticas sobre la población activa de muchos países, a pesar de lo cual hay motivos para creer que se sigue registrando oficialmente un número muy inferior al real por muchas razones, que van desde la relativa irregularidad del trabajo de las mujeres en la agricultura – por ejemplo, cuando es sobre todo estacional o marginal – hasta la opinión profundamente arraigada, que adopta múltiples formas culturales e históricas, de que «el lugar de la mujer está en el hogar». Por todo ello, las estadísticas nacionales del trabajo de la mujer no son fidedignas o son inexistentes, y es difícilísimo efectuar comparaciones internacionales fidedignas (para más detalles, véase Benería, 1982).

El sector no estructurado

Las escasas informaciones estadísticas sobre la economía no estructurada plantean un problema diferente. Este sector comprende actividades muy diversas, que van desde la producción clandestina de bienes y servicios (legales) hasta las microempresas que cuentan con la bendición de las autoridades en todo tipo de ramas industriales. En este caso, el problema que plantea la medición no es conceptual, pues en el sector no estructurado se dan actividades remuneradas que se ciñen a las definiciones tradicionales de trabajo, sino que estriba en los obstáculos con que se tropieza para conseguir datos con los que elaborar estadísticas fidedignas.

La inexistencia de un acopio adecuado y sistemático de datos en este ámbito es un problema considerable porque en el sector trabaja un porcentaje grande (y a menudo en crecimiento) de la fuerza de trabajo de muchos países². Para las mujeres, el sector no estructurado constituye una fuente elemental, aunque precaria, de ingresos. Sus actividades de esta índole abarcan desde el trabajo a domicilio (la producción a destajo de artículos para la industria, por

² A modo de ilustración, diremos que, según cálculos expuestos en la reunión anual de 1998 del Banco Interamericano de Desarrollo, cuatro de cada cinco nuevos puestos de trabajo que se crean en América Latina corresponden al sector no estructurado, que da ocupación al 57 por ciento de la población activa de la región (*The Economist*, 1998).

ejemplo) a la preparación y la venta callejera de comidas, pasando por el empleo independiente y el trabajo en microempresas. En contra de lo que se esperaba, las actividades del sector no estructurado no han sido absorbidas paulatinamente por la economía estructurada y, a decir verdad, en muchos países han acogido a muchas personas marginadas de la «economía moderna» o expulsadas de ella al propagarse el desempleo (Portes y Castells, 1989). Es cierto que abundan los estudios monográficos y que se han hecho muchos intentos de recoger datos sobre estas actividades, pero los obstáculos para la obtención sistemática de información son gigantescos y, en su mayoría, se deben al carácter oculto e incluso clandestino de partes considerables de este sector, pues, a menudo, se trata de actividades que rozan la ilegalidad, que son inestables y precarias y que no están reguladas.

Ahora bien, a partir de encuestas nacionales sistemáticas y periódicas se puede calibrar la importancia del sector en las mediciones de la fuerza de trabajo y del PIB. Así, por ejemplo, las Naciones Unidas elaboraron unas directrices conceptuales y metodológicas para calcular el trabajo de la mujer en el sector no estructurado – comprendidos la industria y los servicios – y llevaron a cabo varios estudios provechosos, por ejemplo en Burkina Faso, Congo, Gambia y Zambia (Oficina de Estadística de las Naciones Unidas/CEPA/INSTRAW, 1991a y 1991b, e INSTRAW, 1991), en los que se cruzaron datos procedentes de encuestas con informaciones microeconómicas, valiéndose de las cifras existentes en cada país. Este esfuerzo de acopio de informaciones tiene por finalidad facilitar la concepción de directrices, planes y programas destinados a mejorar las condiciones laborales de los trabajadores del sector no estructurado y reforzar su capacidad de negociación.

El trabajo doméstico

Los problemas que plantean la producción doméstica y las actividades afines no son tanto de infravaloración como de exclusión absoluta, porque, sencillamente, se ha considerado que esas actividades quedan fuera de los límites fijados en la definición de trabajo convenida. Tradicionalmente, incluso estudiosos nada reacios a la idea de incluir el trabajo doméstico en la «producción» no concedieron mucha importancia al asunto. Por ejemplo, Derek Blades afirmó que «la demarcación de la producción debe abarcar las actividades no monetarias que es probable que sean sustituidas por actividades monetarias conforme se vaya especializando más la economía», pese a lo cual terminaba diciendo que «por los problemas prácticos que plantea el cómputo de los servicios generales que prestan las amas de casa, es enormemente más difícil abogar por su inclusión» (Blades, 1975, pág. 5).

Según dijimos, salvo algunas excepciones como la de Margaret Reid, esta exclusión apenas fue puesta en tela de juicio hasta finales de los años setenta. Ester Boserup propugnó enérgicamente la inclusión en las cuentas nacionales de «los artículos alimenticios obtenidos por recolección o caza, los objetos artesanales de producción doméstica (prendas de vestir, calzado, esteras utilizadas para dormir y sentarse, cestos, cacharros de barro, calabazas, etc.), el com-

bustible que recogen las mujeres, los servicios funerarios, los cortes de pelo, los entretenimientos y los servicios administrativos y médicos tradicionales», así como «el desvainado, machacado y molienda de artículos alimenticios y el sacrificio de animales» (Boserup, *op. cit.*, págs. 162 y 163). Cabe puntualizar que, a su entender, esas actividades constituían fundamentalmente una producción de subsistencia, es decir, «bienes comerciables», no un trabajo doméstico. Si bien mencionaba la omisión de los «servicios domésticos de las amas de casa» en las cuentas nacionales, atribuía mucha más importancia a la exclusión de la producción de subsistencia. Con todo, también mencionaba la necesidad de incluir la producción para consumo propio, que es mayor en los países poco industrializados y agrícolas que en las regiones más industrializadas.

Se ha visto un vuelco de la tendencia a que el trabajo doméstico se desplace al mercado económico conforme se desarrollan los países. Al aumentar con el correr de los años el costo de la mano de obra en los países de rentas elevadas, ha habido una propagación considerable de las actividades en provecho propio, como la construcción de viviendas, la carpintería y las reparaciones, de las que a menudo se encargan hombres. Estas tareas se suman luego al grueso del trabajo no remunerado efectuado en los hogares, que aumenta todavía más a medida que decrece la contratación de personal doméstico en los referidos países (Langfeldt, 1987; Chadeau, 1989, y PNUD, 1995). Se está indagando, por ejemplo, en qué grado ha disminuido en los Estados Unidos el número medio de horas trabajadas para el mercado, y algunos especialistas han calculado que el tiempo dedicado a tareas no remuneradas por los hombres y por las mujeres fue convergiendo del decenio de 1960 al de 1980, una pauta que se ha observado asimismo en otros países industrializados. Ahora bien, en esas estimaciones no se tiene en cuenta en qué medida muchas tareas se llevan a cabo simultáneamente. María Sagrario Floro, por ejemplo, afirma que «cada vez abundan más las pruebas de que el desempeño de tareas que se superponen durante períodos prolongados, en particular a cargo de mujeres, no es un fenómeno aislado» (Floro, 1995, pág. 1920). Al haber aumentado la actividad económica de la mujer (la regida por el mercado), su trabajo se ve intensificado debido a la superposición de actividades, lo cual exige replantear la mencionada tesis de la convergencia.

Resumiendo, la producción tiende a ser propulsada fuera del hogar durante el proceso de desarrollo, aunque por lo menos una parte de ella puede regresar más tarde a él, tanto si la realizan hombres como mujeres. Si no se computa la producción doméstica, es probable que se sobrevaloren los índices de crecimiento económico cuando esta producción pasa al mercado; a la inversa, es probable que se infravaloren cuando miembros del hogar (no remunerados) asumen actividades que antes estaban remuneradas. Teniendo en cuenta la división predominante del trabajo y la función considerable que desempeña la mujer en el ámbito doméstico, la exclusión afecta mayoritaria, pero no exclusivamente, al trabajo de la mujer.

El trabajo voluntario

Lo mismo que en el trabajo doméstico, el amplio abanico de las actividades que se llevan a cabo en el sector filantrópico y el hecho de que no estén vinculadas directamente al mercado hacen que su cómputo plantee problemas conceptuales y metodológicos. El trabajo voluntario es aquel cuyos beneficiarios no son familiares próximos y que no puede retribuirse; además, debe enmarcarse en un programa ordenado. Por lo tanto, es claramente diferente del doméstico, aunque haya semejanzas entre ambos – como sucede cuando el trabajo voluntario se efectúa en el barrio o en la comunidad – que hagan difícil trazar la línea divisoria entre uno y otro. Si bien es fácil asimilar algunas actividades filantrópicas al trabajo productivo (por ejemplo, las que realizan personas no remuneradas en ámbitos como la formación profesional o la construcción de viviendas), otras son más difíciles de clasificar, por ejemplo algunas de las fomentadas por las confesiones religiosas. Con todo, incluso en este segundo caso, importa cifrarlas de algún modo, sobre todo si proporcionan gratuitamente algo que, de otro modo, habría que adquirir en el mercado. Además, el trabajo voluntario tiene a menudo carácter profesional, como sucede con los asistentes voluntarios del sector sanitario, que son bastante numerosos (Gora y Nemerowicz, 1991).

Son muchos los factores que condicionan la propensión o el rechazo de las personas a efectuar trabajos voluntarios, y las abundantes asimetrías entre hombres y mujeres que se registran en este sector demuestran que el sexo es uno de ellos. En los Estados Unidos, el trabajo altruista es más probable que lo realicen mujeres, y predominan las mujeres casadas y con un nivel de instrucción relativamente elevado que tienen hijos menores de edad. Las disparidades según el sexo tienen muchas facetas, entre ellas el que los donativos en metálico (en su mayoría, de varones) son desgravables, mientras que no lo son las aportaciones en tiempo (mayoritariamente, de mujeres). En Nueva Zelanda, a mediados de los años ochenta las mujeres hicieron campaña para que se pusiera fin a esta incongruencia, gracias a lo cual en el censo de población de 1986 se preguntaba por el tiempo dedicado al trabajo voluntario.

De igual modo, el trabajo voluntario también varía conforme a la situación social. En los Estados Unidos, según una encuesta de 1996, guardaba correlación con la renta: el porcentaje más elevado (62 por ciento) se daba entre las personas cuyos ingresos anuales sobrepasaban los 75.000 dólares y el inferior entre las que ganaban menos de 20.000 (AARP, 1997), aunque estas diferencias pueden inducir a error porque queda mucho por hacer para documentar el trabajo voluntario en el mundo. En las poblaciones pobres suceden actos individuales y colectivos de gran importancia en momentos de crisis, un ejemplo muy conocido de los cuales es el de las sopas populares que se repartían en los países andinos en los años ochenta y noventa. Fueron organizadas fundamentalmente por mujeres y a cargo de ellas, y sirvieron de medio de supervivencia frente al drástico deterioro del nivel de vida que provocaron los planes de ajuste estructural y la propagación de la pobreza en las ciudades. Sirva de ejemplo Lima, donde se calcula que 40.000 mujeres de condición modesta organizaron una federación de cocinas colectivas autogestionadas en 20.000

lugares de las barriadas pobres de la ciudad, agrupando sus recursos para dar de comer a unas 200.000 personas hasta cinco veces por semana (Barrig, 1996, y Lind, 1990). Para llevar a buen puerto tamaño esfuerzo hacen falta aptitudes prácticas muy diversas – desde entablar relación con los proveedores de alimentos a manejar dinero, pasando por tratar con entidades caritativas y filantrópicas y otras fuentes de financiación –, algunas de las cuales adquirieron aquellas mujeres al poner en práctica estrategias de supervivencia en favor de sus familias y sus vecinos.

A decir verdad, estas cocinas colectivas plantean varios interrogantes acerca de la definición tradicional de trabajo voluntario que hemos dado antes, ya que entre sus beneficiarios están a menudo la familia más cercana y los vecinos del barrio o la localidad, lo que difumina los límites entre el trabajo doméstico y el voluntario. También hacen que nos preguntemos hasta qué punto se elige libremente participar en el trabajo voluntario, dado que, en el caso a que nos referimos, se debió a necesidades apremiantes de supervivencia y a la incapacidad de cada hogar de satisfacer por sí solo las de sus componentes. Es evidente que las cocinas colectivas no son un fenómeno exclusivo de la región andina; adoptan formas diversas y se hallan también en países de renta alta. En los Estados Unidos, por ejemplo, existen, con frecuencia atendidos por mujeres, servicios similares que dan de comer a personas pobres, desempleadas y, a menudo, sin casa³.

Resumiendo lo dicho diremos que, para contabilizar el trabajo de la mujer, desde el comienzo se debieron desplegar esfuerzos en dos terrenos: en primer lugar, hubo que afinar las categorías y mejorar el acopio de datos respecto de las modalidades de trabajo remunerado que, al menos en teoría, recogían las estadísticas tradicionales; en segundo lugar, se tuvo que replantear y redefinir la noción de trabajo, así como idear instrumentos para calcular el trabajo no remunerado, constituido esencialmente por actividades domésticas y de carácter voluntario. A continuación nos centraremos en el trabajo doméstico.

Los avances de dos decenios

Aunque siguen en pie interrogantes y objeciones acerca de hasta qué punto debe computarse el trabajo no remunerado, en los veinte años últimos se han resuelto muchos problemas prácticos en tres campos: el conceptual, el teórico y el metodológico.

En el terreno de los conceptos

A raíz de una recomendación de la Primera Conferencia Mundial de la Mujer, celebrada en Nairobi en 1985, el Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación para la Promoción de la Mujer y la Oficina de Estadística (dos organismos de las Naciones Unidas) acometieron la tarea de examinar a

³ Una cocina de este tipo, que visité en una iglesia de la parte oriental de Los Ángeles en 1992, estaba a cargo de mujeres de habla hispana que daban de cenar hasta a cien personas al día.

fondo y fomentar la reforma de las cuentas nacionales y de las demás informaciones estadísticas sobre el trabajo de la mujer. En la mayoría de sus recomendaciones al respecto proponen que se establezca una contabilidad separada o complementaria que permita elaborar estimaciones «aumentadas» del PIB (Naciones Unidas, 1989)⁴.

Esta «contabilidad suplementaria» tiene por finalidad registrar la producción no remunerada de bienes y servicios que efectúan los hogares y facilitar indicadores acerca de su contribución al bienestar general, lo cual se puede lograr empleando el tiempo como unidad de medida – igual que se hace en las encuestas sobre la repartición del tiempo personal –, o bien atribuyendo un valor monetario a los insumos consistentes en tiempo o a los bienes y servicios producidos. Habida cuenta del número y la variedad de las tareas que se llevan a cabo en el hogar, los debates han girado en gran medida en torno a cuáles deben tenerse en cuenta. El criterio práctico que goza de más aceptación es el principio del tercero formulado por Margaret Reid, según el cual la producción doméstica equivale a las actividades no remuneradas que podría realizar una tercera persona a cambio de una remuneración. Evidentemente, este criterio abarca tareas como hacer la compra, limpiar, preparar la comida y ocuparse de la prole, pero no actividades de ocio o personales como ver la televisión o vestirse, lo cual deja todavía sin resolver algunas ambigüedades (por ejemplo, personas muy ricas o enfermas pueden contratar a alguien para que les ayude a vestirse). Ahora bien, en conjunto representa un gran paso hacia la fijación de una norma definitoria que sirva para efectuar comparaciones entre países.

Se ha criticado el principio del tercero por partir de la premisa de que el mercado es el modelo de la actividad económica y descartar, por consiguiente, «la existencia de una actividad económica propia del hogar, ya que no se puede considerar económico aquello que no tenga un equivalente comercial o todavía no lo tenga» (Wood, 1997, pág. 50). Pues bien, aunque este criterio tome como punto de referencia el mercado, ello no obsta para que se tenga en cuenta una actividad doméstica que carezca de un equivalente mercantil; puede hacerse, siempre que un tercero pueda llevarla a cabo. Cynthia Wood critica también el criterio por excluir actividades personales como «la atención psicológica, el sexo y la crianza de la prole de las definiciones de actividad económica» (*ibíd.*, pág. 52), pero este argumento lleva el debate acerca de qué debemos considerar «trabajo» a un plano en el que es difícilísimo distinguirlo del ocio y del disfrute personal. Sea como fuere, conviene subrayar que, globalmente, se ha dado un vuelco al concepto de actividad económica, con el propósito de englobar también dentro de la misma las tareas que contribuyen a la reproducción social y al mantenimiento de la fuerza de trabajo y que no están entroncadas directamente con el mercado.

⁴ Para más detalles, véase Benería (1992).

En el terreno de la teoría

En el plano teórico, durante los dos decenios últimos hubo cambios de consideración que precedieron o se dieron simultáneamente a la labor conceptual y práctica llevada a cabo en este ámbito, sobre todo con miras a mejorar nuestro conocimiento de la índole de la producción doméstica. Desde los años cincuenta y, sobre todo, desde los sesenta el análisis económico se ha centrado cada vez más en el hogar, en el marco de distintos paradigmas y objetivos teóricos. Los autores neoclásicos, en particular los adscritos a la «nueva economía del hogar», han analizado la producción familiar para entender la división del trabajo entre los sexos y la incorporación de hombres y mujeres a la población ocupada (Lloyd, 1975, y Becker, 1991). Las versiones feministas de este análisis han puesto de manifiesto algunas de sus lagunas y han hecho más hincapié en los cometidos que asigna la sociedad al hombre y a la mujer (su condición socioeconómica respectiva) en cuanto causa de una discriminación más o menos intensa (Blau y Ferber, 1986). Por otra parte, dentro del paradigma marxista, el debate de los años setenta sobre el trabajo doméstico destacó la importancia que revestía éste para el mantenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo, procurando comprender la índole del trabajo doméstico, sus nexos con el mercado y las relaciones de poder económico y social que se establecen entre el trabajo doméstico remunerado y no remunerado y entre los hombres y las mujeres (Gardiner, 1975; Molyneux, 1979, y Deere, 1990). En los años ochenta se plantearon dudas acerca de la posibilidad de aplicar el concepto de explotación al trabajo doméstico (Folbre, 1982).

Desde una perspectiva feminista, ninguno de los dos planteamientos prestó suficiente atención a las relaciones humanas y de poder entre el hombre y la mujer en el seno del hogar, aunque fueron provechosos para esclarecer y realzar la importancia económica del trabajo doméstico y para impulsar el estudio de métodos que sirvieran para medir su aportación a la producción y al bienestar general. Los estudios más estrictamente feministas contribuyeron aún más a afinar el análisis teórico del trabajo doméstico y de sus consecuencias en el plano político (Hartmann, 1987; Folbre, 1994, y Bergmann, 1995)⁵.

Un debate distinto es el habido a propósito de uno de los obstáculos principales para calcular la producción doméstica y el trabajo voluntario; nos estamos refiriendo a lo difícil que es compararlos con la producción mercantil debido a que los móviles y las condiciones en que se realizan son muy diferentes. Concretamente, como el trabajo doméstico no está sometido a los apremios competitivos del mercado, los niveles de producción pueden diferir de modo considerable entre unas actividades y las otras. De igual modo, puede diferir enormemente la calidad de la producción si se trata, por ejemplo, del cuidado y la crianza de los menores, la confección de las comidas, la educación y otras muchas actividades. Cabe aplicar argumentos similares al trabajo voluntario.

⁵ Para más detalles, véase Benería (1995).

¿Radica, pues, el problema, en tratar de comparar lo que no es comparable? Más adelante volveremos a referirnos con más detalle a este asunto.

Naturalmente, el esfuerzo desplegado para contabilizar y documentar el trabajo no remunerado obedece a varios motivos. Uno, y de importancia, es sacar el tema a la luz y conseguir que la sociedad lo valore. Otro, elaborar indicadores de la aportación del trabajo no remunerado al bienestar social y a la reproducción de los recursos humanos, y facilitar los datos necesarios para revisar los cálculos estadísticos del PIB y de la población activa. Un tercero consiste en que es esencial computar el trabajo no remunerado para averiguar en qué medida se comparte parejamente el trabajo (remunerado o no) en el hogar y en la sociedad. El cuarto motivo es obtener información, de carácter micro y macroeconómico, acerca de cómo se distribuye el tiempo entre el trabajo remunerado, el gratuito y el ocio. En quinto lugar, es decisivo el empeño de hacer que sea patente la variable del sexo en los presupuestos, para que quede claro que no son instrumentos neutrales en la asignación de los recursos (Bakker y Elson, 1998). El sexto motivo es que el cómputo del trabajo doméstico no remunerado lleva aparejadas aplicaciones prácticas, por ejemplo en caso de pleito o para calcular la indemnización monetaria en un divorcio (Cassels, 1993, y Collins, 1993). El séptimo motivo radica en que, si bien no se pueden comparar los niveles de productividad, sí que cabe utilizar indicadores sobre el empleo del tiempo personal para analizar las pautas y las variaciones de la proporción entre trabajo remunerado y trabajo no remunerado a lo largo del tiempo. Por último, todo ello puede ayudar a los poderes públicos y demás instituciones a concebir políticas y medidas que sean más eficaces.

En el terreno de la metodología

Por lo que toca a la metodología, se han alcanzado progresos notables en dos frentes: la revisión de los métodos de acopio de datos para aprehender con más precisión las aportaciones al PIB de los distintos tipos de trabajo no remunerado (véase más adelante) y la compleja labor de idear métodos de cómputo del valor del trabajo no remunerado. Se ha estudiado fundamentalmente el trabajo doméstico, distinguiendo los métodos aplicados a los insumos y al producto y poniendo de manifiesto los problemas y las ventajas de cada uno de ellos. Estudios y encuestas llevados a cabo en muchos países para confeccionar mediciones desagregadas del tiempo dedicado a las tareas domésticas han proporcionado la necesaria base empírica, a menudo a partir de muestreos que abarcaban a grandes cantidades de personas. Los estudios empíricos también han sido útiles para analizar el contenido real y la complejidad del trabajo doméstico y la dinámica de los hogares. Gracias a toda esta labor se han puesto en funcionamiento dos sistemas principales de medición del valor del trabajo doméstico: el primero se basa en atribuir un valor al tiempo dedicado al trabajo (método basado en los insumos), y el segundo en calcular a precios de mercado el valor de los bienes y servicios producidos en el ámbito familiar (método basado en el producto).

Se han aplicado distintos métodos de estimación tanto a un sistema como al otro. En cuanto al basado en el insumo, el problema estriba en qué valor asignar al tiempo dedicado al trabajo, para resolver el cual se ha actuado de las tres maneras siguientes⁶:

- El método del *sustituto general* emplea como unidad de medida el costo de un empleado doméstico remunerado que efectuase todos los tipos de tareas del hogar.
- El método del *sustituto especializado* emplea como unidad de medida la remuneración media de un especialista con conocimientos apropiados a cada tarea del hogar concreta.
- El método del *costo de oportunidad* se basa en la remuneración que la persona que realiza el trabajo doméstico puede percibir en el mercado⁷.

Cada uno de estos métodos tiene ventajas e inconvenientes. El del sustituto general suele arrojar estimaciones bajísimas, porque los empleados domésticos se encuentran en el extremo inferior de la escala salarial y, además, no es probable que un empleado doméstico efectúe todas las tareas del hogar; a menos, pues, de que se tengan en cuenta las aportaciones de todos los miembros de la familia, se reforzará la tendencia a obtener estimaciones bajas. El método del sustituto especializado suele generar estimaciones elevadas, aun cuando da con más precisión el valor de mercado de la producción doméstica. Plantea el problema práctico de la necesidad de desagregar cada tarea, con la consiguiente dificultad – ya mencionada – que entraña la comparación entre el trabajo remunerado y el gratuito. El método del costo de oportunidad arroja la gama más amplia de estimaciones, conforme a los conocimientos y la remuneración de oportunidad de la persona de que se trate, lo cual puede dar lugar a estimaciones absurdas, ya que, por ejemplo, se atribuirá a una comida preparada por un doctor un valor superior al de una comida idéntica preparada por un trabajador no especializado, aunque éste cocine mejor. Otro problema de este método que se ha señalado con frecuencia es que si quien cocina es un ama de casa a tiempo completo, sus costos de oportunidad (es decir, los ingresos que obtendría si formase parte de los asalariados) se calcularán también con arreglo a su condición de ama de casa a tiempo completo.

En cuanto a las estimaciones basadas en el producto, para efectuarlas se precisa algún método de asignación de valor a la producción doméstica, del que habrá que restar el costo de los insumos. Una vez más, el problema radica en determinar qué bienes y servicios son equivalentes a los producidos en el hogar y el precio que habrá que atribuir a insumos como el trabajo y las materias primas no adquiridas en el mercado (por ejemplo, a la leña recogida por miem-

⁶ Para más detalles, véase, por ejemplo, Goldschmidt-Clermont, 1982 y 1987; Benería, 1992, y Fraumeni, 1998.

⁷ Una variante del método del costo de oportunidad es el enfoque basado en la *renta a lo largo de toda la vida* (véase Fraumeni, 1998).

bros de la familia o a los utensilios fabricados en el hogar). Otra dificultad más es la de la calidad dispar de los bienes y servicios producidos, que no puede calibrarse con arreglo a un «precio» atribuido. En el plano empírico, esta manera de calcular requiere aplicar un método tedioso para obtener datos acerca del tiempo dedicado a cada tarea, los salarios por hora, más un número relativamente elevado de precios de insumos y productos (Goldschmidt-Clermont, 1987). Aunque se pueden extraer algunos de esos datos de los censos, la mayoría deben ser recopilados por medio de encuestas y éste es justamente el tipo de informaciones que la contabilidad suplementaria podría facilitar periódicamente. La frecuencia con la que se deberá elaborar esa contabilidad dependerá de los recursos de que se disponga y de las necesidades que se prevean. Lutzel (1989), por ejemplo, propuso que se recogiesen los datos cada pocos años, en lugar de anualmente.

Las diferencias entre el método basado en los insumos y el basado en los productos plantean otros interrogantes por lo que hace a su utilidad. Así, por ejemplo, si aumenta el tiempo necesario para traer el agua, la contabilidad basada en los insumos arrojará un incremento del insumo tiempo sin que haya un aumento correspondiente del producto, lo cual quiere decir que, para calcular el bienestar, un método basado en el producto es mejor, ya que recoge con más exactitud los cambios del bienestar. En cambio, desde la perspectiva de documentar el tiempo necesario para efectuar el trabajo doméstico, el método basado en los insumos es más explícito. Además, los usos, costumbres y reglas de la sociedad complican la cuestión, pues, como ha afirmado Floro (1997), la noción de tiempo y el modo de usarlo y repartirlo varía de un país a otro y entre las diferentes culturas, sucediendo, en algunos casos, que lo que los occidentales consideran actividades recreativas – por ejemplo, las festividades tradicionales y el intercambio de obsequios – en otras sociedades sea tenido por trabajo no remunerado.

La aparición de nuevos problemas

El objetivo de cifrar el trabajo no remunerado no ha perdido vigencia, ya que las pautas actuales del mercado laboral plantean nuevos interrogantes acerca de los nexos que existen entre el trabajo remunerado y el gratuito, su distribución y los límites entre uno y otro. Están modificándose las formas en que esta distribución afecta a las personas, los hogares y las comunidades de todos los países.

En primer lugar, el aumento de la tasa de ocupación de la mujer ha reforzado la importancia de la repartición del trabajo remunerado y el no remunerado dentro de la familia. Se trata, pues, de un problema importante para la igualdad entre los sexos.

En segundo lugar, en el mundo industrializado, los desempleados y los marginados de la vida económica general se ven abocados a idear estrategias de supervivencia que entrañan una mayor dependencia del trabajo no remunerado e incluso algunas modalidades de intercambio de trabajo que las estadísticas

tradicionales no recogen⁸. Otro tanto cabe decir de las políticas de ajuste estructural aplicadas por algunos países en desarrollo que han provocado la intensificación del trabajo no remunerado en el hogar y la comunidad.

En tercer lugar, los altos índices de desempleo y de trabajo a tiempo parcial que registran tanto los países de renta alta como el mundo en desarrollo ocasionan variaciones cíclicas o fluidas del volumen relativo de trabajo remunerado y gratuito que afectan de distinta manera a los hombres y a las mujeres. Como más adelante diremos, es importante conocer con precisión estos cambios para calibrar las variaciones del nivel de vida y de las contribuciones al bienestar social. De igual modo, el debate sobre la semana laboral de 35 horas entablado sobre todo en Europa occidental tiene muchas repercusiones para la distribución del trabajo remunerado y no remunerado entre los sexos. El razonamiento se basa en la hipótesis de que la reducción del tiempo de trabajo ayudará a domeñar el desempleo, pero, como han expuesto Figart y Mutari (1998), el supuesto último consiste en que el trabajo a tiempo completo y durante todo el año es una norma social concebida en torno a premisas con connotaciones sexistas, por ejemplo, el que un trabajador en esas condiciones, presumiblemente varón, no se ocupará apenas de tareas gratuitas y de atender su vida familiar. Otro supuesto más, dicen, es que proseguirá la concentración de mujeres en ocupaciones a tiempo parcial, con independencia de las preferencias de las propias mujeres. Del mismo modo, los hogares en que hay más de una persona que ejerce una ocupación deben resolver el problema de la distribución del tiempo de trabajo si les preocupa la igualdad entre los sexos y quieren que la crianza de los hijos y el cuidado de los familiares sean compartidos por todos los que pueden desempeñarlos.

En último lugar, como el trabajo no remunerado constituye aproximadamente entre una cuarta parte y la mitad de la actividad económica, según el país del que se trate, es difícil justificar su exclusión de las cuentas nacionales. Hay indicios claros de que el trabajo doméstico está aumentando más que la producción comercial. Por ejemplo, los datos relativos a Australia indican que, de 1974 a 1992, creció a un ritmo del 2,4 por ciento anual y que el índice correspondiente de la producción comercial fue del 1,2 por ciento (Ironmonger, 1996). Cabe atribuir esta situación a varias causas, desde el rápido aumento de los hogares formados por pocos miembros (que da lugar a una pérdida de economías de escala) hasta el aumento del porcentaje de personas mayores dentro de la población, pasando por un incremento de la riqueza. Ironmonger (*ibíd.*) señala que ello ha sucedido a pesar de que han aumentado los índices de actividad laboral de la mujer y de la difusión de tecnologías que disminuyen el trabajo necesario para efectuar las tareas del hogar.

⁸ Estas estrategias pueden consistir en alguna modalidad de trabajo remunerado ajena al sistema monetario general, como cuando la creación de una moneda «propia» que no es de curso legal facilita los intercambios. Así ha sucedido en Ithaca, en el Estado de Nueva York, donde se emite «dinero de Ithaca» que se utiliza en la localidad para intercambiar servicios consistentes en trabajo y efectuar compras en las tiendas del lugar que lo aceptan. Aunque casos como éste apenas tienen importancia para la economía considerada en conjunto, pueden tenerla localmente y ser ejemplos interesantes de estrategias de supervivencia.

Todo lo anterior explica por qué ha aumentado la conciencia de la importancia de la repartición entre los sexos del trabajo remunerado y el no remunerado para el objetivo de la igualdad entre hombres y mujeres. Las primeras frases del *Informe sobre desarrollo humano 1995* hacen hincapié en ello: «Uno de los movimientos definitorios del siglo XX ha sido la lucha por lograr la igualdad en la condición de los sexos [...] Cuando esta lucha finalmente tenga éxito – como debe ser – marcará un hito en el progreso humano; y a lo largo del camino, cambiará la mayoría de las premisas que actualmente rigen la vida social, económica y política» (PNUD, 1995, pág. 1).

Esta enérgica defensa de la igualdad entre los sexos viene antes de las cifras, que figuran por vez primera en esa edición del informe, sobre la distribución del trabajo remunerado y no remunerado en los países. En *Caring for the future*, el informe de 1996 de la Comisión Independiente de Población y Calidad de Vida, figura asimismo un llamamiento a que se formule una nueva definición de trabajo y en pro de la igualdad en el reparto de su producto: «La Comisión propone [...] que se elabore una nueva definición general de trabajo que abarque el empleo y las actividades no remuneradas [...] que benefician al conjunto de la sociedad, tanto a las familias como a las personas, y que se reparta equitativamente la riqueza generada» (ICPQL, 1996, pág. 147).

Aunque es evidente que el empeño por redefinir el trabajo y contabilizar el no remunerado ha obtenido un apoyo considerable, sigue despertando oposición, como era de esperar habida cuenta de la complejidad del tema. En la parte siguiente examinaremos los distintos argumentos que ponen en tela de juicio la utilidad de esta labor.

Críticas que subsisten

El empeño por contabilizar el trabajo no remunerado tropieza con críticas de al menos tres clases. Dos de ellas proceden de los círculos feministas, mientras que la tercera surge de las profundidades de la ortodoxia económica.

El empeño es inútil

La primera objeción, que podríamos denominar «el argumento de la pérdida de tiempo», brota del temor a que la energía y los recursos necesarios para obtener estadísticas del trabajo no remunerado no tengan el menor efecto en las personas que lo llevan a cabo, sobre todo en las mujeres. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, puede servir esa información para disminuir la carga que soportan las mujeres pobres que tienen que trabajar penosamente muchas horas al día? ¿Puede servir para aumentar su capacidad de negociación en algún plano? Según este argumento, podría suceder que un mayor reconocimiento social de la importancia del trabajo doméstico reforzase la rigidez de una división social del trabajo que ya relega a las mujeres a actividades que no les dan autonomía financiera y apenas les reportan ningún control de los recursos que necesitan. Evidentemente, ello no contribuiría a una mayor igualdad entre los sexos; antes bien, perpetuaría la dependencia de la mujer respecto del hombre. Este razona-

miento está implícito en las dudas que asaltaron a algunas personas tras la Conferencia Mundial de la Mujer celebrada en Nairobi en 1985, cuyo informe, en el que se fijaron las *Estrategias orientadas al futuro para el adelanto de la mujer*, recomendó enérgicamente que se adoptasen las medidas necesarias para evaluar la contribución del trabajo remunerado y no remunerado de la mujer «a todos los aspectos y sectores del desarrollo», lo cual era novedoso en aquel entonces. El informe dio, pues, un paso adelante y, al hacerlo, también planteó dudas acerca de si el cumplimiento de este objetivo mejoraría o no cualitativamente las vidas de las mujeres (Naciones Unidas, 1985).

Una versión similar de este argumento ha sido formulada por Barbara Bergmann, quien, aunque no se opone al intento de computar el trabajo no remunerado, considera que se dedican excesivas energías a hacerlo. En su opinión, las feministas deben poner el acento en que es preciso que las mujeres desempeñen un trabajo remunerado para disminuir su dependencia de los hombres y aumentar su capacidad de negociación en el hogar y fuera de él. Por consiguiente, deberían centrar sus esfuerzos, ante todo, en concebir y aplicar medidas que faciliten la integración de la mujer en la fuerza de trabajo asalariada, tales como fomentar las guarderías y mejorar las licencias de maternidad. En segundo lugar, impulsar las políticas y medidas encaminadas a poner en práctica la igualdad entre los sexos en el mercado laboral, por ejemplo, en materia de igualdad salarial, determinación de los trabajos de valor equivalente y discriminación positiva. Bergmann considera con mucho escepticismo la idea de que una mejora de la información acerca del trabajo no remunerado sea provechosa para las mujeres o la de que la inclusión en el cálculo del PIB de los alimentos producidos en el sector de subsistencia mejore en algo la suerte de los campesinos⁹. Además, teme que quienes desean «glorificar al ama de casa», como ocurre con determinados grupos derechistas de los Estados Unidos, se sirvan de las estadísticas sobre el trabajo doméstico para alegar que es irremplazable porque presta servicios esenciales a la sociedad. De ahí que llegue a la conclusión de que existe un móvil antifeminista en los que realzan la valía del trabajo doméstico.

Este tipo de objeción pasa por alto el hecho de que para actuar, lo mismo que para concebir y aplicar políticas, hace falta tener informaciones recogidas lo más sistemáticamente que sea posible, a fin de poder efectuar estimaciones óptimas de las tareas tan diversas que engloba el trabajo no remunerado. El volumen y la distribución de esta modalidad de trabajo pueden tener importancia por conceptos muy variados. Así, por ejemplo, si se poseyeran cifras fiables de la gran cantidad de tiempo que las mujeres de un país dedican a recoger agua, sus autoridades acaso no considerarían secundaria la instalación de agua corriente fundándose en que ir a buscar agua no supone mucho tiempo para las mujeres.

Repetiremos una vez más que apenas se sabe nada de en qué medida una pérdida de ritmo económico que aumenta el desempleo y disminuye las rentas

⁹ Conversación de la autora con Barbara Bergmann, 14 de marzo de 1998.

de una parte de la población provoca una reacción que impulsa el trabajo no remunerado y se traduce en una intensificación del trabajo doméstico. Se sabe que la puesta en práctica de los planes de ajuste estructural adoptados por los países del tercer mundo en los años ochenta y noventa indujeron a muchas personas a ingeniar soluciones que les obligaron a intensificar el trabajo no remunerado, el cual recayó en medida desproporcionada sobre las mujeres. En tales casos, la disminución de las rentas reales no da lugar forzosamente a una disminución del bienestar; dependerá del grado en que el trabajo no remunerado llegue a compensar la reducción de la capacidad adquisitiva de bienes y servicios en el mercado. No cabe efectuar una evaluación de esas modificaciones si no se dispone de informaciones estadísticas sistemáticas sobre el trabajo no remunerado (Benería, 1996). Como ha afirmado Floro (1996), tener informaciones más precisas sobre las actividades cotidianas de la gente ayudaría a calibrar con más precisión su calidad de vida y a idear indicadores de la intensidad del trabajo, la realización simultánea de varias tareas, la tensión, la salud individual e incluso la falta de atención a los hijos, porque se ha demostrado que varios aspectos de la actividad laboral, como su intensidad y la duración de la jornada de trabajo, influyen en los niveles de tensión y en la salud de los trabajadores y de sus familiares.

Contabilizar el trabajo no remunerado no debe ser considerado un fin en sí mismo, sino un medio para comprender qué es lo que contribuye al bienestar de los seres humanos, y en qué grado, así como qué medidas es preciso adoptar para distribuir igualmente los gozos y las penalidades del trabajo. Debemos contraponer al temor a que algunos grupos políticos puedan emplear esa información para fines propios la certeza de que esa información también sirve para alcanzar una serie de resultados positivos, entre ellos una concepción más esmerada de la política social y la organización de dispositivos de seguridad social.

La importancia de la «diferencia»

Una segunda objeción, relativa sobre todo al trabajo doméstico y de atención personal no remunerado, acaso sea más difícil de rebatir porque se funda en la idea de que tiene connotaciones personales y de trato por las cuales es muy distinto cualitativamente del trabajo «económico» realizado para el mercado. Como ha dicho Susan Himmelweit, aunque es importante reconocer que esa actividad es «trabajo» porque ello hace visibles las aportaciones de la mujer en el hogar y les da validez, al hacerlo hay algo que se pierde. Esta autora pone en tela de juicio el que «la mejor manera de que se aprecie la contribución de las mujeres [sea] encajarla a trancas y barrancas en una categoría preexistente de 'trabajo' extraída de una teoría económica incapaz intrínsecamente de valorar la mayor parte de lo que es singular en la contribución doméstica de la mujer» (Himmelweit, 1995, pág. 2).

Himmelweit afirma, por ejemplo, que «ocuparse de las personas» es un concepto ambiguo que abarca aspectos materiales lo mismo que psicológicos y que «si bien los primeros pueden ser hasta cierto punto independientes de la relación entre la persona atendida y quien se ocupa de ella», para los segundos

es imprescindible que «quien se ocupa de esa atención sea inseparable de ella» (*ibíd.*, pág. 8). Señala además una segunda característica, a saber, que, al llevar a cabo esta actividad, quien lo hace se realiza personalmente. De ahí su renuencia a considerar «trabajo», en el sentido habitual del término, el tiempo dedicado a actividades consistentes en prestar atención y apoyo psicológicos, que dan a quien las realiza un sentimiento de satisfacción y son muy difíciles de cuantificar.

Himmelweit concluye diciendo que no hay por qué enfocar todo como «trabajo» o «no trabajo», entre otras cosas porque con ello se pueden infravalorar actividades que no entran en la categoría de trabajo: «Al insistir en que se reconozcan las actividades domésticas asignándolas acriticamente a una categoría de trabajo, no se reconoce la importancia de los cuidados personales gracias a los cuales se realiza quien los lleva a cabo» (*ibíd.*, pág. 14). Ahora bien, este argumento es discutible por varios motivos.

En primer término, si la labor de cuidar de niños, adultos y ancianos fuese más patente y estuviese mejor documentada, probablemente aumentaría el reconocimiento de su importancia para el bienestar de los seres humanos, sobre todo si se entiende y recalca como conviene su índole, lo cual, como demuestra la historia reciente, es precisamente lo que se ha conseguido gracias a los esfuerzos teóricos, metodológicos y prácticos de los tres decenios últimos.

Además, muchas actividades gratuitas no consisten en ocuparse de otras personas ni permiten realizarse, cosa que sí sucede, en cambio, con algunas remuneradas. El paso de un porcentaje considerable del trabajo de atención personal del ámbito de la actividad gratuita de reproducción al mercado no ha llevado siempre aparejada la pérdida de algunas de sus características esenciales. Así, por ejemplo, lo mismo en el mercado que en el trabajo no remunerado podemos hallar móviles que guardan relación con la solidaridad, el altruismo y el cuidado de los demás, por lo que resulta difícil afirmar que en algunos de los servicios remunerados que se prestan por conducto del mercado no haya aspectos personales y de trato, a pesar de que el servicio sea remunerado. Evidentemente, no es probable que algunos servicios de atención mercantiles proporcionen un apoyo material y psicológico de la misma calidad que el de un familiar que quiere a la persona de la que se ocupa, con independencia de si el servicio se basa o no en el amor y el afecto, el sentido de la responsabilidad, el respeto, el placer de darse, el altruismo o expectativas no declaradas de correspondencia¹⁰. Mas no es difícil hallar excepciones a ambos casos, tales como la persona remunerada que presta un apoyo psicológico altruista que va más allá del contrato de intercambio o el familiar cuyos cuidados se fundan en expectativas egoístas o en algún tipo de coerción.

En tercer lugar, existe una relación dialéctica entre el trabajo mercantil y el no mercantil tal que, hasta cierto punto, los conocimientos y aptitudes nece-

¹⁰ Véase un análisis de los motivos que inducen a cuidar de otras personas en Folbre y Weisskopf (1998).

sarios en uno se pueden emplear en el otro. Es, pues, difícil establecer una línea divisoria clara entre ambos. Por ejemplo, una niñera o un enfermero remunerados pueden prestar una atención de gran calidad gracias a lo que han aprendido en su hogar, de igual modo que los conocimientos administrativos adquiridos en la vida profesional pueden aplicarse para disminuir el tiempo dedicado a tareas no remuneradas en el hogar.

En cuarto lugar, además de las actividades de cuidado personal, el trabajo no remunerado abarca otras que sólo guardan relación indirecta con aquél, como recoger leña, limpiar la casa y participar en actividades de la comunidad. Su amplitud puede variar según el país de que se trate, distintos factores culturales y la situación social de quienes las lleven a cabo. A este propósito, el argumento de Himmelweit es intrínsecamente parcial, ya que se circunscribe demasiado a la familia nuclear urbana y no considera, por lo tanto, todas las formas de trabajo no remunerado.

Con todo, varios argumentos de Himmelweit son relevantes al poner en entredicho en qué medida cabe proyectar el trabajo altruista de cuidado de los demás atribuido convencionalmente al trabajo doméstico en las otras actividades ajenas al hogar, comprendida la mercantil, tema al que nos referiremos más adelante.

Un esfuerzo equivocado en el plano teórico

La tercera objeción al proyecto de computar el trabajo no remunerado se basa en dudas teóricas y metodológicas emanantes del pensamiento económico tradicional; aunque quienes siguen esta doctrina han formulado críticas, son poquísimos los que las han expresado por escrito¹¹. Nuestro análisis se basa en un estudio de Sujai Shivakumar, *Valuing women's work: Theoretical constraints in determining the worth of household and other non-market activity* (Shivakumar, 1997), una obra innovadora que recoge muchas de las críticas no escritas a que nos hemos referido.

Uno de los objetivos de Shivakumar es demostrar que la imputación monetaria del trabajo gratuito «no es compatible con las concepciones actuales de la teoría del valor en la ciencia económica» y que es simplemente un «esfuerzo retórico» sin bases teóricas, o bien «un dudoso partido de fútbol estadístico» (*ibíd.*, pág. 374). Para fundamentar esta afirmación efectúa una reseña histórica de la evolución de la teoría del valor en la economía y formula tres críticas. La primera objeción es que el intento está inspirado por el feminismo socialista en lo que hace a su retórica, sus análisis y sus prescripciones normativas, por emplear como «instrumento de análisis» esencial el género, presentar planteamientos alternativos de los procesos económicos y centrar la economía en el concepto de «provisión de la vida humana». La segunda objeción es que parte

¹¹ Por ejemplo, algunos economistas del Banco Mundial han sido muy críticos con los esfuerzos del PNUD por incluir estimaciones del trabajo no remunerado en su *Informe sobre desarrollo humano 1995*, aunque, que sepamos, han formulado sus objeciones sobre todo en debates y reuniones, no por escrito.

de nociones ricardomarxianas del valor trabajo, en lugar de basarse en la teoría ortodoxa «moderna», cuyo patrón son las preferencias subjetivas señaladas mediante los precios del mercado. Por este motivo, considera endebles los fundamentos teóricos del planteamiento: «La doctrina económica moderna no respalda el análisis fundado en el empleo del tiempo como instrumento para imputar valor monetario al trabajo [...] La citada teoría del valor trabajo ya no tiene respaldo en la ciencia económica (*ibíd.*, pág. 333). De ahí que Shivakumar piense que estimaciones del valor monetario como las que aparecen en el *Informe sobre desarrollo humano 1995* carecen de sentido, al basarse en datos sobre el empleo del tiempo.

En tercer lugar, Shivakumar critica los diferentes modelos usados para estimar el valor del trabajo no remunerado, repitiendo muchas de las objeciones de carácter metodológico aducidas anteriormente por distintos autores, si bien, en lugar de indicar cómo podría mejorarse la metodología, considera que tratar de hacerlo no presenta el menor interés. Comparando los esfuerzos feministas acerca del trabajo no remunerado con los de los ecologistas que quieren incorporar los costos medioambientales a las cuentas nacionales, escribe lo siguiente: «Al carecer de una pauta teórica para escoger entre las distintas maneras de efectuar la valoración, la selección entre formas distintas de imputación en la contabilidad medioambiental pasa a reflejar la fuerza relativa de intereses políticos contrapuestos» (*ibíd.*, pág. 405).

Los cálculos del *Informe sobre desarrollo humano 1995* planteaban muchos problemas, pero muchos se debían a la falta de calidad y la insuficiencia de los datos; hubiese sido más constructivo tener presente que los datos eran fruto de una labor novedosa, pero importante, que tenía que mejorarse. Shivakumar menciona, además, el problema de la comparabilidad entre el tiempo mercantil y el no mercantil, pero no dice que la mayoría de quienes propugnan que se incluya el trabajo no remunerado en la contabilidad de la renta nacional reconocen que este problema existe (y de ahí el que se utilicen contabilidades suplementarias para no comparar datos heterogéneos).

La crítica de Shivakumar va más al fondo de la cuestión al insistir en la idea de que cualquier valoración monetaria demuestra ignorancia del concepto de valor como algo que se concreta mediante el proceso de intercambio. Es decir, que considera este proceso como fuente única de valor, a pesar de que durante muchos años se ha calculado el valor de bienes no mercantiles en la producción de subsistencia y de que muchos economistas emplean precios sombra o contables en sus análisis. Además, un porcentaje considerable del trabajo doméstico es comerciable, sobre todo habida cuenta de que cada vez hay más partes de él que están siendo asumidas por el trabajo remunerado, por ejemplo actividades asalariadas como los servicios de limpieza y el cuidado de los niños a cargo de empresas de distintos tamaños (Meagher, 1997). Pues bien, Shivakumar no hace la menor referencia a estos hechos. En la economía neoclásica, la imputación de precios de mercado a la producción doméstica es práctica habitual. Shivakumar tampoco menciona que, de múltiples maneras, la «nueva economía del hogar» innovó al propugnar la aplicación de la teoría del capital humano «moderna» a la producción doméstica y la adopción de decisio-

nes, y que otros economistas también se han dedicado a la tarea de analizarla seriamente (por ejemplo, Fraumeni, 1998). Sería paradójico tachar de feminista socialista la labor de teóricos del capital humano como Jacob Mincer, Gary Becker y otros muchos economistas neoclásicos, y afirmar que se funda en la teoría del valor trabajo.

Al asociar el objetivo de contabilizar el trabajo no remunerado con Ricardo y Marx, Shivakumar pasa por alto que la teoría marxista ortodoxa estaría conforme con su insistencia en considerar que el valor se origina únicamente en el proceso de intercambio. Además, no está ni mucho menos claro que la teoría marxista del valor se base en los insumos del trabajo y no preste atención a la importancia de la demanda en la determinación del valor de mercado. Aunque tiene razón al decir que la categoría analítica del género y la «provisión de la vida humana» son elementos esenciales de la teoría económica feminista, se trata de conceptos usados igualmente en los enfoques feministas de otras disciplinas, y Shivakumar no dice que la labor en torno al cómputo del trabajo no remunerado ha sido llevada a cabo por gran número de profesionales, hombres y mujeres, feministas en algunos casos, partidarios de paradigmas teóricos diversos y de soluciones políticas también diversas.

Aparte de estos puntos esenciales, algunas críticas de Shivakumar no están bien fundadas, por ejemplo, su afirmación de que las feministas «no han expuesto ninguna receta programática concreta salvo la de tratar de informar mejor a los políticos» (*ibíd.*, pág. 394). A decir verdad, éstas han presentado y propugnado principios y pautas favorables a la mujer en terrenos como la política laboral, los servicios públicos, los planes de ajuste estructural y la política agrícola (Sen y Grown, 1987; Palmer, 1991; Elson, 1995, y PNUD, 1995). La actuación política en muchas de estas esferas saldría beneficiada si hubiera estadísticas y datos más sistemáticos acerca del trabajo no remunerado. En resumen, el libro pone de manifiesto la gran irritación que siente Shivakumar ante el resquebrajamiento de un modelo económico ortodoxo claramente definido y supuestamente «objetivo», a manos de «las prescripciones normativas» del feminismo; si bien debe reconocerse que formula algunas recomendaciones «para satisfacer el mandato» de la Conferencia de Pekín, sus alternativas se quedan muy cortas para la tarea que es preciso realizar y no resuelven algunos de los problemas analizados.

Observaciones finales

El hilo que recorre este artículo son los interrogantes de en qué consiste el *valor* y qué tiene *valor para la sociedad*. El problema esencial sigue siendo cómo medir y valorar el bienestar humano y cómo determinar quiénes contribuyen a él. Hemos afirmado que, aunque las estadísticas actuales sobre el PIB tienen en cuenta lo que es malo para nuestra salud – por ejemplo, los productos químicos cancerígenos que se encuentran en los alimentos – o para el medio natural – la contaminación que producen las fábricas –, sigue habiendo resistencia a contabilizar el trabajo y la producción de bienes y servicios que sostienen y mejoran el bienestar humano. Pues bien, en palabras de Nancy Folbre, en

último término las sociedades y las personas deben saber «quién costea los hijos» (Folbre, 1994).

Es necesario saber, por ejemplo, quién contribuye a las estrategias de supervivencia de los pobres a fin de poder elaborar la mejor política posible para acabar con la pobreza. El trabajo no remunerado no está distribuido parejamente entre las clases y los grupos sociales. Las familias acomodadas pueden contratar a terceras personas (sobre todo mujeres) para que les hagan las faenas del hogar y también adquirir bienes y servicios que los hogares pobres tienen que producir por sí mismos, sin ayuda externa. Cuando las mujeres de ingresos modestos se incorporan a una ocupación remunerada aumenta su volumen de trabajo o empeora la calidad de los bienes producidos en el hogar o el cuidado de la prole (Gimenez, 1990). También varía considerablemente el número de horas que las mujeres dedican al trabajo doméstico con arreglo a su nivel de renta. Según un estudio empírico efectuado en Barcelona, el valor absoluto del trabajo doméstico era mayor en los hogares de rentas medias, seguido por el de los de rentas bajas y los de rentas altas. Ahora bien, el trabajo doméstico de los hogares de rentas bajas constituía un porcentaje mayor de la renta del hogar (que comprendía la renta social o el valor percibido de los servicios públicos) (Carrasco, 1992).

Pero con esto no acaba la tarea de computar el trabajo no remunerado, pues, en palabras de Elizabeth Minninch, ello exige «transformar el saber», ir más allá de los límites de los paradigmas tradicionales, para lo cual es necesario replantear «conceptos mistificados», es decir, «ideas, nociones, categorías, etc., tan profundamente familiares que rara vez se ponen en tela de juicio» y que dan lugar a un «saber parcial» (véase Minninch, 1990, capítulo 4). Se trata de cuestionar los métodos empleados actualmente para calcular el bienestar y averiguar quién contribuye a él en la comunidad y en toda la sociedad, lo cual plantea, a su vez, la validez de las premisas en que se basa el pensamiento establecido, en este caso las que asimilan el «trabajo» al tiempo dedicado al trabajo remunerado y al mercado.

Hemos demostrado en este artículo que el estudio de la diferencia entre trabajo remunerado y gratuito nos induce a plantearnos hasta qué punto la racionalidad económica atribuida al comportamiento guiado por el mercado es la norma y el comportamiento de los seres humanos se basa en motivos asociados las más de las veces al trabajo no remunerado, como el altruismo, la empatía, la responsabilidad colectiva y la solidaridad. Los y las economistas feministas han puesto el acento en la necesidad de idear modelos que no se funden en los móviles del hombre económico racional regidos por el mercado. Como dice Paula England, la doctrina económica tradicional se basa en un «modelo de seres autónomos» inspirado por el comportamiento de los varones, que difiere del «modelo relacional» que suele atribuirse frecuentemente al comportamiento de las mujeres (England, 1993). Ello nos hace preguntarnos si, a medida que aumente la presencia de la mujer en la fuerza de trabajo remunerada de todo el mundo, asistiremos a dos cambios: una «masculinización» de los valores y del comportamiento de las mujeres y una «feminización» del comportamiento guiado por el mercado.

Bibliografía citada

- AARP (American Association of Retired Persons). 1997. *The AARP survey of civic involvement*. Washington.
- Bakker, Isabella, y Elson, Diane. 1998. *Towards engendering budgets*. Alternative Federal Budget Papers Series, 1998. Ottawa, Canadian Center for Policy Alternatives.
- Barrig, Maruja. 1996. «Nos habíamos amado tanto: Crisis del estado y organización femenina», en John Friedmann, Rebecca Abers y Lilian Autler (directores): *Emergences: Women's struggles for livelihood in Latin America*. Los Ángeles (California), UCLA.
- Becker, Gary. 1991. *A treatise on the family*. Edición ampliada. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Benería, Lourdes. 1996. «Thou shalt not live by statistics alone but it might help», en *Feminist Economics* (Londres), vol. 2, núm. 3, págs. 139-142.
- . 1995. «Toward a greater integration of gender in economics», en *World Development* (Oxford), vol. 23, núm. 11 (noviembre), págs. 1839-1850.
- . 1992. «Accounting for women's work: The progress of two decades», en *World Development* (Oxford), vol. 20, núm. 11 (noviembre), págs. 1547-1560.
- . 1982. «Accounting for women's work», en Lourdes Benería (directora): *Women and development: The sexual division of labor in rural societies*. Nueva York, Praeger, págs. 119-147.
- Bergmann, Barbara. 1995. «Becker's theory of the family: Preposterous conclusions», en *Feminist Economics* (Londres), vol. 1, núm. 1, págs. 141-150.
- Blades, Derek W. 1975. *Non-monetary (subsistence) activities in the national accounts of developing countries*. París, OCDE.
- Blau, Francine, y Ferber, Marianne. 1986. *The economics of women, men and work*. Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall.
- Boserup, Ester. 1970. *Woman's role in economic development*. Nueva York, St. Martin's Press.
- Carrasco, Cristina. 1992. *El trabajo doméstico y la reproducción social*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- Cassels, Jamie. 1993. «User requirements and data needs», en Statistics Canada/Status of Women Canada (directores): *Summary of Proceedings of the International Conference on the Valuation and Measurement of Unpaid Work, Ottawa, 18-30 April*. Ottawa.
- Chadeau, Ann. 1989. *Measuring household production: Conceptual issues and results for France*. Ponencia presentada en la segunda reunión conjunta CEP/INSTRAW sobre estadísticas relativas a la mujer, celebrada en Ginebra del 13 al 16 de noviembre.
- Collins, Mary. 1993. «Opening remarks», en Statistics Canada/Status of Women Canada (directores): *Summary of Proceedings of the International Conference on the Valuation and Measurement of Unpaid Work, Ottawa, 18-30 April*. Ottawa.
- Deere, Carmen Diana. 1990. *Household and class relations: Peasants and landlords in Northern Peru*. Berkeley (California), University of California Press.
- Elson, Diane. 1995. «Gender awareness in modeling structural adjustment», *World Development* (Oxford), vol. 23, núm. 11 (noviembre), págs. 1851-1868.
- England, Paula. 1993. «The separative self: Androcentric bias in neoclassical assumptions», en Marianne A. Ferber y Julie A. Nelson (directoras): *Beyond economic man: Feminist theory and economics*. Chicago, University of Chicago Press, págs. 37-53.
- Figart, Deborah M., y Mutari, Ellen. 1998. «Degendering work time in comparative perspective: Alternative policy frameworks», *Review of Social Economy* (Londres), vol. 56, núm. 4 (invierno), págs. 460-480.
- Floro, María Sagrario. 1997. *Time as a numeraire: The institutional and social dimensions of time use*. Ponencia presentada en el Rescheduling Time Symposium, Universidad de Manchester, 6-7 de noviembre.
- . 1996. «We need new economic indicators to gauge work and well-being», *The Chronicle of Higher Education* (Washington), vol. 43, núm. 15 (diciembre), págs. B4 y B5.
- . 1995. «Economic restructuring, gender and the allocation of time», *World Development* (Oxford), vol. 23, núm. 11 (noviembre), págs. 1913-1929.
- Folbre, Nancy. 1994. *Who pays for the kids? Gender and the structures of constraint*. Nueva York, Routledge.

- . 1982. «Exploitation comes home: A critique of the Marxian theory of family labour», *Cambridge Journal of Economics* (Londres), vol. 6, núm. 4 (diciembre), págs. 317-329.
- , y Weisskopf, Thomas. 1998. «Did father know best? Families, markets and the supply of caring labor», en Avner Ben-Ner y Louis Putterman (directores): *Economics, values and organization*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 171-205.
- Fraumeni, Barbara. 1998. *Expanding economic accounts for productivity analysis: A nonmarket and human capital perspective*. Ponencia presentada en la Conference on Income and Wealth organizada por la National Bureau for Economic Research (Oficina Nacional de Investigaciones Económicas) el 20 y 21 de marzo.
- Gardiner, Jean. 1975. «Women's domestic labour», *New Left Review* (Londres), núm. 89 (enero-febrero), págs. 47-58.
- Gimenez, Martha E. 1990. «The dialectics of waged and unwaged work: Waged work, domestic labor and household survival in the United States», en Jane L. Collins y Martha Gimenez (directoras): *Work without wages: Comparative studies of domestic labor and self-employment*. Albany (Nueva York), State University of New York Press, págs. 25-45.
- Goldschmidt-Clermont, Luisella. 1987. *Economic evaluations of unpaid household work: Africa, Asia, Latin America and Oceania*. Women, Work and Development Series, núm. 14. Ginebra, OIT.
- . 1982. *Unpaid work in the household: A review of economic evaluation methods*. Women, Work and Development Series, núm. 1. Ginebra, OIT.
- Gora, Ann, y Nemerowicz, Gloria. 1991. «Volunteers: Initial and sustaining motivations in service to the community», *Research in the Sociology of Health Care* (Greenwich, Connecticut), vol. 9, págs. 233-246.
- Hartmann, Heidi I. 1987. «The family as the locus of gender, class, and political struggle: The example of housework», en Sandra Harding (directora): *Feminism and methodology*. Bloomington (Indiana), Indiana University Press, págs. 109-134.
- Himmelweit, Susan. 1995. «The discovery of unpaid work: The social consequences of the expansion of work», *Feminist Economics* (London), vol. 1, núm. 2 (verano), págs. 1-19.
- ICPQL. 1996. *Caring for the future: Making the next decades provide a life worth living*. Informe de la Independent Commission on Population and Quality of Life. Oxford, Oxford University Press.
- INSTRAW (Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación para la Promoción de la Mujer, de las Naciones Unidas). 1991. *Methods of collecting and analysing statistics on women in the informal sector and their contributions to national product: Results of regional workshops*. Documento INSTRAW/BT/CRP.1. Santo Domingo, Naciones Unidas.
- Ironmonger, Duncan. 1996. «Counting outputs, capital inputs and caring labor: Estimating Gross Household Product», *Feminist Economics* (Londres), vol. 2, núm. 3, págs. 37-64.
- Juster, F. Thomas, y Stafford, Frank P. 1991. «The allocation of time: Empirical findings, behavioral models, and problems of measurement», *Journal of Economic Literature* (Nashville, Tennessee), vol. 29, núm. 2 (junio), págs. 471-522.
- Langfeldt, Enno. 1987. «Trabajo no remunerado en el contexto familiar», *Revista de Estudios Económicos* (Santo Domingo), núm. 1, págs. 131-146.
- Lind, Amy. 1990. «Gender, power and development: Popular women's organizations and the politics of needs in Ecuador», en Arturo Escobar y Sonia Alvarez (directores): *The making of social movements in Latin America*. Boulder (Colorado), Westview Press, págs. 134-149.
- Lloyd, Cynthia B. (directora). 1975. *Sex, discrimination, and the division of labor*. Columbia Studies in Economics, núm. 8. Nueva York, Columbia University Press.
- Lutzel, Heinrich. 1989. *Household production and national accounts*. Ponencia presentada en la Segunda reunión conjunta CEPE/INSTRAW sobre estadísticas relativas a la mujer, celebrada en Ginebra del 13 al 16 de noviembre.
- Meagher, Gabrielle. 1997. «Recreating domestic service: Institutional cultures and the evolution of paid household work», *Feminist Economics* (Londres), vol. 3, núm. 2 (verano), págs. 1-28.
- Minnich, Elizabeth Kamarck. 1990. *Transforming knowledge*. Philadelphia, Temple University Press.

- Molyneux, Maxine. 1979. «Beyond the domestic labour debate», *New Left Review* (Londres), núm. 116 (julio-agosto), págs. 3-28.
- Naciones Unidas. 1989. *Estudio mundial sobre el papel de la mujer en el desarrollo 1989*. Oficina de las Naciones Unidas en Viena y Centro de Desarrollo Social y Asuntos Humanitarios. Documento ST/CSDHA/6. Nueva York.
- . 1985. *Informe de la Conferencia Mundial para el Examen y la Evaluación de los Logros del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer: Igualdad, Desarrollo y Paz. Nairobi, 15 a 26 de julio de 1985*. Documento A/CONF.116/28 [véase también documento A/CONF.116/28/Rev.1 (85.IV.10), 1986]. Nueva York.
- Oficina de Estadística de las Naciones Unidas/CEPA/INSTRAW. 1991a. *Handbook on compilation on statistics on women in the informal sector in industry, trade and services in Africa*. Nueva York, Naciones Unidas.
- . 1991b. *Synthesis of pilot studies on compilation of statistics on women in the informal sector in industry, trade, and services in African countries*. Nueva York, Naciones Unidas.
- OIT. 1983. *Decimotercera Conferencia Internacional de Estadígrafos del Trabajo, 1982. Informe de la Conferencia*. Documento ICLS/13/D.11. Ginebra.
- . 1977. *Estimaciones y proyecciones de la fuerza de trabajo, 1950-2000. Volumen VI: Suplemento metodológico*. Segunda edición. Ginebra.
- . 1975. *Recomendaciones internacionales sobre estadísticas del trabajo*. Ginebra.
- . 1955. *La octava Conferencia Internacional de Estadígrafos del Trabajo (Ginebra, 23 de noviembre al 3 de diciembre de 1954)*. Ginebra.
- Palmer, Ingrid. 1991. *Gender and population in the adjustment of African economies: Planning for change*. Women, Work and Development Series, núm. 19. Ginebra, OIT.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). 1995. *Informe sobre desarrollo humano 1995*. Harla, México.
- Portes, Alejandro, y Castells, Manuel. 1989. *The informal economy*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Reid, Margaret. 1934. *Economics of household production*. Nueva York, John Wiley.
- Sen, Gita, y Grown, Caren. 1987. *Development, crises and alternative visions: Third World women's perspectives*. Nueva York, Monthly Review Press.
- Shivakumar, Sujai, 1997. *Valuing women's work: Theoretical constraints in determining the worth of household and other non-market activity*. Ponencia presentada en el seminario sobre la integración del trabajo remunerado y no remunerado en las políticas nacionales, organizado por el PNUD, la División de Estadística de las Naciones Unidas, el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM), el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Corea y el Women's Development Institute, en Seúl 1, los días 28 al 30 de mayo.
- Sociedad de las Naciones. 1938. *Statistics of gainfully occupied population: Definitions and classifications recommended by the Committee of Statistical Experts*. Documento IIA.12, 1938, Studies and Reports on Statistical Methods, núm. 1. Ginebra.
- The Economist* (Londres). 1998. «Great reforms, nice growth, but where are the jobs?», vol. 346, núm. 8060 (21-27 de marzo), págs. 67 y 68.
- Waring, Marilyn. 1988. *If women counted: A new feminist economics*. San Francisco, Harper and Row.
- Wood, Cynthia. 1997. «The First World/Third Party criterion: A feminist critique of production boundaries in economics», *Feminist Economics* (Londres), vol. 3, núm. 3, págs. 47-68.